

mas trecho. Cantaron victoria los sitiados, y se renovaron con aumento los excesos contra los verdaderos ó supuestos parciales de los poco antes sitiadores, triste anuncio de futuros desmanes que hacian fatal el triunfo del regente. El dia 21 siguiente se pasó en incertidumbre. En aquella tarde llegaron Seoane y Zurbano á Alcalá de Henares, mientras Narvaez se situaba cerca de Torrejon de Ardoz, distante de aquella ciudad como dos leguas, y de Madrid como otro tanto. Envió el general del regente á su contrario uno como reto diciéndole que iba á pasar á Madrid y que le dejase franco el camino, pues tenia intencion y poder aun de abrírsele á viva fuerza. No fué menos arrogante la respuesta tan parecida á la amenaza á que se dirigia que solo se diferenciaba de ella en variar algunos términos, reduciéndose á expresar que habia intencion y poder de oponerse al paso pedido. Amaneció el dia 22 de julio y las columnas de los generales Seoane y Zurbano emprendieron su jornada por el camino real como caminando en formacion ordinaria, y no á modo de quienes van á empeñar una refriega. Narvaez, habiendo arengado á sus tropas con marcial elocuencia y habilidad, salió á oponerse á sus contrarios. La artillería de estos comenzó á disparar al principio con poco certera puntería. De repente da orden Narvaez de acometer. Lánzase su caballería entre la tropa enemiga; sigue la infantería; introdúcese confusion entre los acometidos; suenan gritos de union y paz; responden otros con aclamaciones contrarias; embisten algunos de los de Seoane al brigadier Schelly que gobernaba la caballería de Narvaez, y le hieren; cae el general Seoane entre la confusion en manos de la gente resuelta que ha penetrado por las filas de los suyos; y se renueva el grito de paz, pero siendo de los enemigos del regente toda la ventaja que podria haber dado la mas completa victoria. Huyó Zurbano casi solo, metiéndose en Madrid, y las fuerzas que él y Seoane gobernaban se pusieron bajo el mando de Narvaez sin acertar cómo habian pasado de sustentar una causa á defensores de la opuesta. Así, perdiéndose pocas vidas, gracias á un esfuerzo de atrevimiento acompañado de tino, quedó en pocos momentos resuelto cuyo habia de ser el gobierno de España, casi en el mismo lugar donde cerca de dos siglos antes el segundo D. Juan de Austria, en triunfo asimismo comprado sin sangre, habia logrado resolver un punto igual, durante la menor edad del rey Carlos II.

Hasta muy adelantada la tarde del dia 22, no fué conocido del público de Madrid el grande acaecimiento que á poca distancia de sus puertas habia trocado la faz de los negocios. Supiéronlo, como debia suceder, antes los ministros, y callaron, pretendiendo sacar partido de él Mendizábal, que no desesperaba de continuar defendiendo la capital por algun tiempo, ni de conseguir en tratos llevados adelante con maña y valor favorables resultas. Pero faltó la firmeza á los que habian de ayudarle. Entraron en Madrid algunas tropas de las del brigadier Enna, y sabiendo que sus compañeros los de Seoane obedecian ya á Narvaez en vez de al regente, creyeron natural hacer lo mismo. Por otra parte los milicianos nacionales de Madrid, cansados del servicio de tantos dias, y atónitos de un revés tan enorme cuanto inesperado, comenzaron á separarse